

que salieron también de las tinieblas; y así lo confesó terminantemente el oficial romano que había presidido la ejecución de Jesús cuando, al ver tantas señales en la naturaleza, exclamó: «¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!» Mas en tanto que ese oficial gentil alababa á Dios en alta voz, los judíos, llenos de temor, volvían silenciosamente cada uno á su casa; y no solamente no hubo alguno que confesara su crimen, sino que todos se alegraban de él; y el temor que había en la mayor parte de ellos era porque principiaban á sospechar que el nombre de Jesús no hubiera concluído con su muerte.

Como los ajusticiados no podían permanecer en la cruz durante el Sábado, á petición de los judíos envió Pilatos soldados á fin de que rompiesen las piernas á los dos ladrones para que acabasen de morir; y no hicieron lo mismo con Jesús, porque le encontraron ya muerto; pero, en cambio, uno de los soldados le abrió su sagrado costado con un fiero golpe de lanza, y de la herida brotaron mezcladas sangre y agua. Según una opinión bastante común, el agua que salió del costado era natural, y figuraba el bautismo, y la sangre era figura de la Eucaristía; y por esa razón sin duda enseñan los Santos Padres que la Iglesia salió del costado de Jesucristo crucificado, como Eva del costado de Adán dormido, porque en la sangre y el agua están simbolizados los dos principales sacramentos que se administran en la misma Iglesia para el perdón del pecado y santificación de las almas.

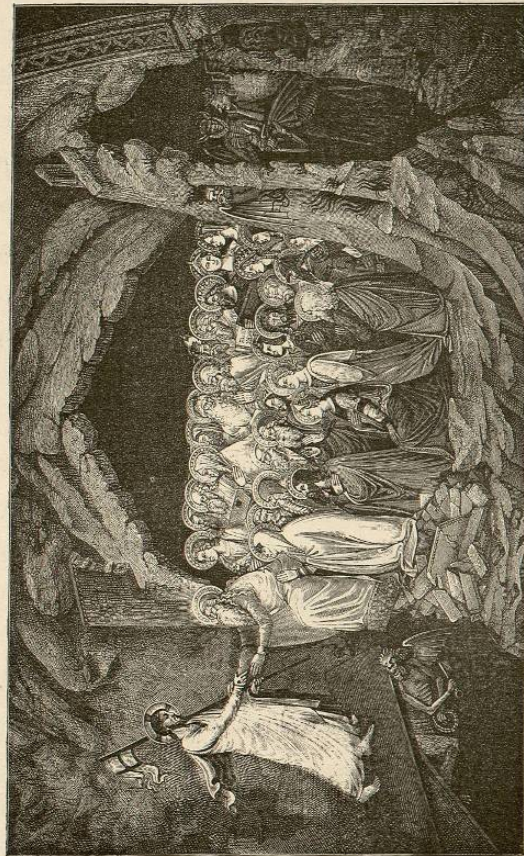


Lámina 102.—Jesucristo baja al limbo, llevando el estandarte victorioso de la cruz y aplastando el espíritu del mal. El muro de separación levantado por el pecado original queda destruído, y son puestos en libertad los santos del Antiguo Testamento.—Fresco de Simón de Martino, que se conserva en la iglesia de Santa María la Nuova, en Florencia. Siglo XIV.

En todas esas circunstancias había también cumplimiento de varias profecías, pues ya estaba escrito: «No romperéis sus huesos.—Ellos verán al que han herido.» Y puede asegurarse

con fundamento que nada sucedió por acaso en la escena tan cruel de la pasión y muerte de Nuestro Redentor; y desde el principio de ella hasta el fin, al ejecutar los hombres los designios mejor meditados de su malicia, y al entregarse á los violentos caprichos de su barbarie y crueldad, no han conseguido sino el hacer más viva y esplendente la misma luz que ellos se proponían extinguir, y aumentar más la gloria y la alabanza del que ellos querían cubrir de desprecio y de ignominia.

La misma sabiduría infinita que entonces burló y descubrió sus perversos designios, les burlará y descubrirá también al presente y en el porvenir.

Jesús cumplía las profecías como profeta y como señor y dueño de la muerte. Sabía lo que la herejía había de inventar para impugnar la realidad de su sacrificio, y preparó todas las circunstancias de manera que quedase siempre al abrigo de todos los ataques ese pan divino que había de servir de alimento y de vida al mundo. Ya desde los primeros siglos de la Iglesia surgieron y se inventaron todos los errores y sofismas que hoy se reproducen, y los Padres y apologistas, para refutarlos, propagaron y enseñaron argumentos y razones tan sólidas y fundadas, que después de tantos siglos transcurridos subsisten en toda su fuerza y vigor. El Hijo de Dios, dicen ellos, no ha podido sufrir en su divinidad, pero ha padecido y era menester que padeciese como hombre; y si, después de haber venido sobre la tierra, hubiese desaparecido repentinamente, hubiera

podido sospecharse que era un fantasma; para precaver esa sospecha, de la misma manera que se prueba la realidad é incombustibilidad de un vaso poniéndole á la acción del fuego y sacándole intacto, así también el Verbo divino nos demostró que el instrumento físico de que se sirvió para nuestra redención es á la vez real y superior á la muerte, pues, entregado á sufrir y morir, probó su naturaleza; y sacándole de la muerte, manifestó evidentemente su divinidad. Hizo ese prodigioso milagro para destruir y confundir la locura que deificaba á los hombres mortales, y enseñó por él que sólo Aquel es el Dios verdadero que, en la muerte, triunfa de ella misma y la conduce vencida entre sus gloriosos trofeos. No murió Jesús por su triunfo personal, sino por destruir la muerte á que estaba sujeto el hombre, y esa es la razón de que, á pesar de haberse separado y perdido su cuerpo por su propia voluntad, sufriese, sin embargo, una muerte violenta y pública. Si su cuerpo hubiese estado enfermo y se le hubiera visto agobiado del dolor y despedazado por el tormento, hubiera sido cosa extraña el que Aquel que había curado á otros las enfermedades no pudiera curárselas á sí mismo ni haberse librado de ser víctima; y si, después de morir en la soledad sin haber sufrido ni estado enfermo, se hubiese aparecido de nuevo á los hombres, ¿cómo se hubiera dado crédito á su muerte y á su resurrección? Y ¿con qué fin hubiera Él anunciado públicamente su resurrección después de haber muerto secretamente? No quiso, pues, Nuestro Señor hacer difícil

nuestra fe sobre ese punto, ni dar lugar á las mentiras y falsas suposiciones que los hombres hubieran podido inventar para resistirse y alegar pretextos ó no creerle.

Se dirá tal vez que á lo ménos debió haber buscado y preferido una muerte más gloriosa, y evitar las humillaciones é ignominias espantosas bajo las cuales se vió oprimido; pero eso no era conveniente, ni entraba en los altos fines de la redención, y, por lo tanto, quiso Jesús que sus mejillas estuviesen preparadas para la bofetada, su frente para la corona de espinas, sus purísimos ojos para las salivas, sus espaldas para los azotes, sus piés y sus manos para los clavos, sus labios inocentes para la hiel y vinagre, su costado para la lanza, y todo su cuerpo voluntariamente entregado al suplicio de la cruz. Era preciso que pudieran verse y conocerse tantas manos sacrílegas como le habían ultrajado y tantos verdugos atormentado, para que todas esas ignominias sirviesen en lo sucesivo para fortificar y dar valor á los que, por su amor y por seguir su Evangelio, fuesen víctimas de la crueldad y de la injusticia; para que sus dolores fuesen otros tantos rayos de luz que cayesen sobre las humillaciones y heridas del inocente, y sus lágrimas otros tantos raudales de bálsamo que penetrasen hasta el corazón del culpable y reparasen en él las pérdidas del naufragio del pecado; y sus palabras, en fin, pronunciadas por agonizantes labios, fuesen otros tantos soles que iluminasen la oscuridad de los calabozos y resonasen en las galerías de las catacumbas, para que los

discípulos del Señor y los heroicos defensores de su religión se alentasen al sufrimiento y al martirio con el ejemplo de su soberano Maestro.

Si solamente se hubiera visto en Jesús una muerte dulce y gloriosa, no hubiera tardado en sospechar la malicia humana de su divinidad y poner en duda su absoluto poder contra toda clase de muerte; y por eso, así como el atleta derriba al enemigo que se le opone, cualquiera que él sea, así también quiso Jesús, que es la vida, acometer y vencer á la muerte de cualquier manera que ésta se le ofreciese, habiendo preferido, entre otras formas y caracteres de que ella pudo revestirse, la forma más cruel, la más afrentosa, la que más antigua y universalmente había sido maldita y la que era más á propósito para sepultarle en el desprecio y el olvido, con el fin de hacerse así superior, vencer y anonadar con ella todos los oprobios y todas las maldiciones. Mas, en medio de una muerte tan ignominiosa, era conveniente que no fuese degollado como Juan, ni mutilado como Isaías, ni fracturados y triturados sus miembros como lo fueron los de otros ajusticiados y otros mártires, sino que permaneciese su cuerpo entero é indivisible en el suplicio y después de la muerte, á fin de que no sirviese de ocasión y pretexto á los que después tuvieran el perverso instinto de dividir la Iglesia. Asimismo murió Jesús con los brazos extendidos sobre la cruz para atraer con una mano al pueblo antiguo y con la otra á las naciones gentiles, y reunir todos los hombres en Él,

para que sólo hubiese un solo rebaño con un solo pastor; y, últimamente, muere en un punto alto y elevado para arrojar los demonios de la atmósfera y prepararnos el camino que conduce al cielo, por todo lo cual quedó escrito «que Dios estaba en Jesucristo, reconciliando en sí al mundo».

LA SEÑAL DE LA CRUZ

En la antigüedad era la cruz un augurio funesto y horrible, en donde se hallaba como concentrada toda la infamia de los suplicios, y con ese mismo carácter se halla descrita en las Santas Escrituras : «El cadáver, dicen éstas, del que ha muerto en la cruz no permanecerá suspendido en ella durante la noche, sino que será quitado el mismo día del suplicio, porque aquel que es clavado en la cruz tiene la maldición de Dios.» Con motivo de esta ley, dijo Isaías, hablando proféticamente del Señor: «Nos ha parecido un objeto digno de desprecio, y el último y más vil de los hombres;» y después le llama el *humillado*; de donde resulta que no era solamente la cruz un instrumento de suplicio, sino también una maldición; por eso se leen en el texto sagrado estas expresiones : «¡Maldito aquel que está clavado en el madero!—¡Condenémosle á muerte la más afrentosa!—¡Crucifícale!» y otras á ese tenor, que indican la nota infamante y de maldición que atraía sobre sí todo aquel que fuese condenado á muerte de cruz; y esa era la principal razón que movía á los ju-

díos á pedir semejante pena para Jesús, porque querían que el oprobio y afrenta del suplicio destruyesen lo que quizás no podría vencer y destruir la misma muerte, y porque no comprendían ni podían concebir cómo, después de morir Jesucristo en suplicio tan infamante, pudiera haber hombres que se atreviesen á llamarse sus discípulos.

Entre los romanos también estaba reputada la cruz como el madero desgraciado, el árbol fatal, el tormento de ignominia, y, en una palabra, como el suplicio de los esclavos, que para ellos era la última capa de la degradación. Tarquino ordenó que se clavasen en la cruz los ciudadanos que se habían suicidado por no trabajar en los lugares inmundos de su palacio; Graco sacrifica su enemigo Publio Popilio á la infamia de la cruz; Séneca enseña que semejante vergüenza puede reputarse entre el número de las desgracias en que, para evitarlas, debe preferirse el suicidio, la muerte voluntaria; y Cicerón, escribiendo contra Verres, con motivo de la cruz de Gavio, expresa todo el horror de este suplicio diciendo : «Espantosa es la ignominia de una condenación pública, espantosa la confiscación, espantoso el destierro; pero, sin embargo, en medio de esos males, todavía nos queda algún vestigio de libertad, y aún la misma muerte, cuando se nos impone, sucumbimos á ella desprendidos de toda traba y obstáculo; pero el verdugo, el velo sobre la cabeza, el nombre de cruz, que todo ese horror y toda esa afrenta no caiga jamás sobre un ciudadano romano, y no se aproxime ni á su